

La mano de Poseidón

Capitán de Corbeta Jorge Dotto

Es muy posible que cada carrera que la gente elige tenga temas recurrentes de conversación. Supongo que los médicos contarán las vidas que salvaron, los escritores, sus libros publicados o los políticos, en cuánto mejoraron sus finanzas personales.

Nosotros, los marinos, amamos contar las tormentas que atravesamos en el mar.

Cada buque de guerra que tripulé capeó algún temporal que me quedó grabado en la memoria. Afortunadamente, el movimiento acompasado de los buques nunca me afectó, y pude sentir, en mi cuerpo y en mi alma, la furia y la potencia de todas y cada una de esas tormentas.

No he vivido otra expresión de la naturaleza que me generara más adrenalina. Un temporal en el mar del sur de nuestro país puede manifestarse de muchas maneras, y todas ellas me han hecho sentir el ser más insignificante en medio del mar y, al mismo tiempo, el humano más poderoso del universo con mis espaldas al resguardo de Poseidón en persona.

Cuando vientos de setenta nudos azotan la superficie del mar durante cierto tiempo, se generan olas enormes que, salvajemente, sin piedad y sin descanso, golpean el casco de la embarcación. El buque vibra y hace sonar su estructura con crujidos que, por momentos, te dejan sin palabras cuando creés que se está por partir en mil pedazos. Casi de inmediato, recuperarás la respiración cuando la proa sale de abajo del agua, te levanta hasta parecer que estás flotando y cae nuevamente a un abismo salvaje sin saber cuándo se va a detener en su caída. Así, durante horas y más horas y más... atravesando paredes de agua que parecen interminables.

Salir al alerón del buque se torna, muchas veces, una tarea que no se puede posponer. Hay que respirar hondo, ajustarse el cinturón, quitarse la gorra para que no sirva de alimento a alguna criatura del mar, tomar coraje y salir. En ese momento, te sentís el ser más insignificante. La naturaleza te golpea con toda su furia en el rostro. El viento quiere tirarte al piso y te inclinás para que no te arrastre. Millones de gotas de lluvia y de agua salada tratan de atravesar tu piel para empapar tu alma aventurera y hacerte claudicar en tu intento. Es una lucha que ningún marino quiere perder. Caer al mar en esas condiciones te asegura una fría y húmeda muerte.

No obstante, rendirse no es una opción.

Tus manos se sujetan de cada saliente del casco que te permita sostenerte. Los músculos del rostro se deforman al compás del ulular del viento, las lágrimas de los ojos se mezclan con los fluidos nasales, y la tormenta los junta en tu nuca hasta que desaparecen en un instante, en dirección al mar.

Hacés tu tarea. Tomás una marcación, mirás el número de una boya, explorás el horizonte en busca de algo en el mar...

Volvés al puente chorreando agua. La furia del alerón desaparece por arte de magia. La quietud del puente de comando restablece tu confianza, a pesar de ver la proa bajo el agua por enésima vez y la furia del temporal que quiere atravesar los vidrios.

Sentís nuevamente la mano de Poseidón sosteniendo tu buque.

Aunque, alguna vez, Poseidón se olvida de nosotros. ■